

EL POBLADO DE EBEL de Lara Ruiz Minaya

El gorro vaquero familiar entró tan directo en la cabeza de la pequeña que tapaba parcialmente sus ojos. Ella, entre sorprendida y divertida, lo subió un poco con la nariz.

- Tú, vaquera- dijo intentando no reírse y poniendo voz solemne- serás la próxima en seguir el camino de tu madre. Orgulloso tu hermano de esta tu hazaña.

- Jajajaja - la pequeña se rió tanto que perdió totalmente el equilibrio hacia atrás, quedando tumbada entre la arena y polvo.

Él se dejó caer a su lado con otra carcajada e intentando hacerle cosquillas para que se siguiera riendo. Le encantaba oír el bailoteo de sus carcajadas.

Un carraspeo les interrumpió la travesura. Los dos se volvieron y vieron a una anciana abriéndose paso con dificultad entre dos arbustos.

- Os estábamos buscando, el fuego está listo y la cena sirviéndose.

- ¡Ya vamos, Tilla! – dijeron al unísono los dos.

Tilla era la manera cariñosa en que llamaban a su abuela. Ella se negaba a aceptar sus años, aunque su edad, sabiduría, manos y cara arrugadas le delataran y le mostraban la más triste, absoluta e imparable verdad: el paso de los años.

- Ya he encontrado a Ara y Bel. Estaban entre los arbustos del límite del poblado – anunció Tilla ante la mirada preocupada de su hija y su yerno, mientras acariciaba con cariño su collar.

Ese amuleto lo llevaba desgraciadamente desde hacía más tiempo del que hubiera querido.

En él se veía una pequeña llama tallada por su marido, que en paz descansara. Cada vez que necesitaba ayuda o apoyo, lo acariciaba con amor.

Tras la cena, como cada noche, los dos niños se sentaron al lado del fuego y con el reflejo de las llamas observaban y escuchaban con atención las historias de su abuela.

Todas empezaban parecido pero cada día contenía una anécdota diferente y eso les tenía expectantes durante toda la escucha.

“Cuenta la leyenda que antiguamente en lo alto de esa montaña vivía una colonia de dragonas que cuidaban de aquellos que vivían en este y otros poblados del Oeste...”

Cada vez que escuchaban “en lo alto de esa montaña” se giraban siempre hacia ella, ilusionados, observando entre los reflejos de la luna el templo hecho por maderas que se divisaba en la cumbre. En ella se veneraban a esas diosas dragonas, protagonistas de esas

leyendas que los más sabios del pueblo compartían con los más jóvenes.

Las cosas en el poblado de Ebel se estaban poniendo cada vez más complicadas. No llegaban prácticamente alimentos de los hombres y mujeres que iban en su búsqueda, la gente estaba muriendo de hambre y de enfermedades que hasta el momento eran desconocidas. El pueblo estaba realmente asustado y preocupado y las fuerzas ya flaqueaban.

- Bel, debemos ir a ayudar a nuestra madre y a nuestro padre. Ellos ya son muy mayores. Vayamos en lugar de ellos la siguiente vez. Nosotros ya somos jóvenes y podemos lidiar con todo aquello que nos podamos encontrar.

Bel la observó con detenimiento, asintiendo. Qué orgulloso estaba de ella y de todas las decisiones que tomaba. Entre los dos llegaron a la conclusión que saldrían a la mañana siguiente con la salida del sol con la esperanza de volver en dos días antes del anochecer.

- Cogemos los dos mejores caballos del rancho, pasaremos por el templo de las dragonas y saldremos con la salida del sol. Así contamos con más luz para llegar al otro lado de la montaña antes de su puesta.

- Vale, avisaré a padre y madre para que nos preparen los alimentos y la bebida suficiente para estos dos días. – añadió Bel.

A la mañana siguiente antes de salir pasó por la cabaña de su abuela. La observó dormir.

“No te defraudaré, Tilla. Cuida de papá y de mamá”- susurró Ara.

De un salto montó encima de Saly y empezaron a trotar. Bel se puso a su lado intentando alcanzar su paso. Ella montaba mucho más que él, así que decidió bajar un poco el ritmo y poder hablar y decidir juntos cuál sería la mejor ruta para encontrar más comida.

Saly parecía estar conectada con Ara de una manera mágica. Cuando las fuerzas le flaqueaban la miraba cómplice y la llenaba de esperanza.

La búsqueda fue dura, pero a la vez más fácil de lo que habían imaginado. Encontraron varios montones de comida por el camino. Al principio no los cogían pensando que serían de otros poblados que igual no conocían, pero a las horas, cuando la esperanza de encontrar más alimento parecía desvanecerse, lo vieron como una oportunidad y los recogían y los montaban en sus alforjas. Parecía que alguien hubiese puesto esos alimentos en ese camino para ser encontrados.

Cuando pasaron los dos días decidieron volver a casa antes del anochecer, pero de camino hacia el poblado Ara notó que algo iba mal. También notó que Saly lo sentía así que apresuraron tanto ella como él el galope.

Al llegar al poblado todos estaban en silencio alrededor del punto central de encuentro que tenían para las reuniones generales. La gente, al oír llegar los caballos, se volvió y miraron

hacia abajo. Parecían preocupados y cabizbajos.

Ara se acercó a la multitud dejándose paso, notando su corazón palpar. ¿Qué o quién había en el centro para que todos estuvieran allí?

Su pensamiento se paró por completo cuando vio a su abuela tendida en el suelo encima de unas pieles. Ara clavó sus rodillas para colocarse a su lado. Sentía su propia respiración agitada y un nudo terrible en la garganta. La tocó con desesperación, estaba pálida pero aún respiraba entrecortadamente. Sintió una punzada en el estómago y las primeras lágrimas vencieron su batalla interior.

La observó detenidamente. Respiraba con dificultad. Tenía entreabiertos esos ojos color tierra. Sabía lo que iba a pasar porque ya había pasado con su abuelo: era el vivo reflejo de una vela luciendo con dificultad y a punto de apagarse.

Tilla, al verla llegar, sonrió en paz. La estaba esperando.

- Me necesitan, Ari. Debo ayudarlas...

Cerró su mano sobre la suya y cerrando así sus ojos exhaló por última vez.

Ara se echó sobre su abuela entre sollozos.

- ¿Quién te necesita? – la preguntó entrecortadamente suplicando respuesta.

La mano de la sabia anciana yacía sobre la mano de su joven nieta.

- No, no, no. – Dijo repetidamente negando todo lo que estaba pasando.

Observó a su madre cómo se echaba sobre el pecho de su padre buscando hogar, y a su hermano frente a ella derrumbándose sobre sus rodillas buscando la otra mano de su abuela y llorando sin consuelo.

- No, no, no. – volvió a negar. - No nos dejes, por favor.- Susurró llorando sin parar.- ¡ABRE LOS OJOS! – la ordenó entre sollozos y gritos rasgados de dolor.

El cuerpo de Tilla yacía sobre las pieles que habían preparado para trasladarla. Dos hombres y dos mujeres del poblado intentaron levantar las pieles y llevársela. Ella entre sollozos les empujó, volvió a clavar sus rodillas el suelo y la abrazó con fuerza. Como si con ese abrazo la fuera a devolver a la vida.

- Ara, cariño...- dijo su madre dándole suaves caricias en la espalda despertándola.- Es la hora ya.

Ara abrió los ojos con dificultad. Seguramente se habría quedado dormida del agotamiento del viaje y de...

“No, no, no. No puede ser verdad”. – Volvió a pensar y empezando a sollozar.

Pero sí, su abuela estaba allí, yaciendo al lado de ella. Se había quedado sobre su brazo llorando hasta que el agotamiento la había vencido.

Un dolor de la mano le desvió la atención y observó como el collar de su abuela ahora estaba entre sus dedos.

Volvió a llorar recordando que era lo que le había dado su abuela la pasada noche cuando le cogió su mano. Para Tilla ese collar era lo más valioso que ella tenía porque era el último recuerdo de su abuelo. Ahora esa llama representaba sus dos almas. Juntas y unidos bajo la misma llama.

Temblando se lo puso en el cuello y miró hacia su madre. Se notaba que no había dormido nada en toda la noche: tenía los ojos hinchados. Madre e hija se buscaron de nuevo con la mirada y se fundieron en un abrazo. Era la hora y tenían que desplazar el cuerpo hasta el templo donde allí sería velada por todo aquel que quisiera del pueblo y bendecida por las diosas dragonas para que su alma descansara en paz.

- No, no quiero compartir mi vida con nadie- Se negó rotundamente y enfadada se movió hacia el lado contrario del fuego.

- Eres ya adulta, deberías encontrar a alguien que cuide de ti cuando seas más mayor como tú has cuidado siempre de nosotros. – dijo su madre cariñosamente intentándose acercar a ella y preocupada por la situación.

Desde la muerte de su madre, hacía ya unos años, no había vuelto a ver feliz a su hija y confiaba en que conociendo a alguien igual volvería a ilusionarse y a tener esperanza en la vida.

- No, no quiero a nadie a mi lado. ¿Para qué? ¿Para que luego venga una enfermedad mortal y se lleve a quien amo como pasó con el abuelo, la abuela y papá? ¡ME NIEGO!

Y rompiendo entre sollozos corrió hacia el establo y de un salto montó encima de Saly.

“Eres la única que me comprendes...” y con un leve pero seguro toque con su pierna, Saly empezó a trotar. Al poco de estar en galope lo sintió. El aire puro entrándole por los pulmones y la sensación de libertad cada vez que salía con Saly la invadía de una paz que nadie ni nada le podía arrebatarse.

Tras dos horas galopando sin rumbo, solo dejándose llevar por la intuición de Saly, Ara notó a la yegua bajar el galopeo y pensó que era porque estaría cansada, bajando así de ella y mirando con detenimiento el estado de las herraduras.

Al comprobar que estaban bien, sacó el cuenco grande de madera con agua que tenía siempre en las alforjas y mientras la acariciaba dirigió la vista hacia la luna.

“¿Cuántas horas faltaría para ver el amanecer?” se preguntó.

Cuando se giró oyó un crujido producido por el retroceso de una de sus pisadas. Se agachó a mirar el objeto viendo que era parte de algo más grande y que estaba hecho trizas. Lo recogió del suelo para verlo más de cerca ya que la penumbra no dejaba verlo con claridad. Parecía un trozo de huevo pero no podía ser, se salía de toda dimensión de animal que podía llegar a imaginar.

“¡Una gallina imposible! Está lejos el rancho y esto solo es una pequeña parte de un huevo

muuuuy grande. ¿Un ave? ¿De este tamaño?”

Se rio por lo ridículo que sonaba todo en su cabeza.

Saly, que vio como Ara se reía sola, se giró hacia ella y empezó a andar hacia otra dirección. Parecía entender su desconcierto y parecía estar guiándola hacia algo. Ara se agachó a por el cuenco, lo vació y lo volvió a guardar. Se puso a la altura de la yegua dispuesta a dar un paseo y así poder estirar un poco más las piernas.

Según iban caminando ella sentía cada vez más paz hasta que algo la perturbó. Noto cierto movimiento en su pecho y se descubrió un poco la prenda para observar cómo parecía iluminarse el collar.

“Imposible. Será el reflejo de la luna...” pensó. Pero inmediatamente vio como poco a poco se iluminaba cada vez más y no era un blanco lunar, sino un color fuego a conjunto de la llama.

“Pero si es de madera...lo talló mi abuelo” se soltó el collar desconcertada y lo miró con detenimiento. La luz provenía de dentro, como si fuera una pequeña brecha. Lo acercó aún más ya que la luna no iluminaba lo suficiente y un descubrimiento la paralizó por completo.

Eran dos T unidas. Tillo y Tilla.

Una lágrima recorrió su rostro. Lo cogió con fuerza en su mano y lo apretó. Ahora entendía todo ¿esa era la paz que sentía su abuela cuando cogía ese colgante? Siguió caminando riendo y llorando. ¿Era posible llorar de felicidad? Miró de nuevo el collar: sí, era posible.

Cuando dejó caer el collar este tenía tanta luz que divisó otro trozo igual que el que había pisado metros más atrás. Lo recogió del suelo. Sí. Era un trozo de huevo. ¿De qué animal sería?

Saly a su lado tiraba de ella y la guiaba entre los arbustos. Si ahora tuviera que volver a casa no sabría, pero la yegua parecía saber muy bien a donde iba. A los pocos metros sonó otro crujido en el silencio de la noche. Se agachó, otro trozo. ¡Cada vez parecían más grandes! Lo cogió con la mano del colgante y este de pronto se desprendió de la parte de madera, como si de una carcasa protectora se tratase.

Era una llama, sí, pero una llama de madera como hasta entonces. ¡Era una llama de verdad!

Perpleja intentó seguir el camino pero Saly había decidido dejar de caminar. Alzó la mirada hacia delante y vio que se encontraban en la entrada de una cueva. ¿Antes estaba ahí? Ara no recordaba haberla divisado pasos atrás.

Como parecía indecisa de entrar, Saly la empujó con su hocico. El collar le ayudó a vislumbrar parte de su interior. Entró con cautela recorriendo con la mano las paredes de esta. Había manchas en las paredes, como si alguien hubiera estado cocinando muy cerca. Acercó el colgante que le servía como antorcha y vio que en pequeño estaban grabadas los nombres de cientos de mujeres y hombres. Parecían grabados antiguos. Según se

acercaba al interior parecían más recientes los nombres hasta que finalmente vio un nombre que la paró por completo.

Tillo.

Un fuerte latido la golpeó el pecho. ¡Su abuelo! ¿Cómo es que estaba allí grabado su nombre? Siguió adentrándose, parecía que solo había visto la entrada a la cueva. Según se iba adentrando cada vez más y más nombres y de pronto otro grabado que la paralizó.

Tilla.

¿Serían los nombres de las personas fallecidas hasta el momento?

Algo planeó del techo asustándola. ¿Eso era una pluma? Parecía enorme. Miro con miedo hacia arriba pero no había nada.

Siguió caminando y oyó chapoteos cerca así que cuidadosamente y ocultando parcialmente la luminosidad del collar, se acercó a donde provenían esos ruidos.

Plupluplu. Era una cazuela que estaba cociendo algo a fuego lento. Miró hacia su interior y vio... ¿ESCAMAS? Era imposible. ¿TROZOS de los huevos que había visto? ¿Cociéndose?

Pero ese color le resultaba familiar. Rebuscó en su memoria y ahí estaba. Era el medicamento que les daban a los enfermos que luego se recuperaron tras la enfermedad tan contagiosa que hubo años atrás. ¿Allí es donde la hacían? Qué curioso.

De pronto algo la paralizó por completo. Allí estaba una persona pero no con el cuerpo de una persona. Podría describirlo como un ¿alma? recorriendo en busca de algo y detrás una ¿dragona bebé? Ara se ocultó tras unos recovecos de la cueva y observó con detenimiento. ¿No era Fil la mujer de la cabaña del final del poblado? Abrió los ojos y los cerró con fuerzas. Debía estar soñando porque estaba viendo muertos y dragonas.

Una voz familiar la paralizó por completo. ¡Tilla estaba llamando a Fil!

Se le escapó un suspiro. Tilla miró hacia donde estaba Ara y sus miradas se encontraron.

Todo empezó a dar vueltas. Se sentía mareada, aunque en realidad, nada se estaba moviendo. Su respiración empezó a acelerarse.

Saly. El collar. Tillo. Tilla. Los huevos. Las diosas dragonas.

Su corazón latía con tanta fuerza en su interior que temía que se le saliera. Sus manos empezaron a sudar. La cabeza no paraba de girar viéndose obligada a apoyarse en la pared de la entrada de la cueva buscando punto de referencia.

Intentaba buscar explicación a todo eso, pero siempre llegaba a la misma conclusión: la leyenda jamás había sido tan real.